

# ***El fin del mesianismo***

**Rocard, Michel**

---

**Michel Rocard:** Primer ministro de Francia. Líder del Partido Socialista francés (P.S.).

---

Estamos viviendo un momento verdaderamente crucial de la historia del mundo. Y como siempre sucede cuando los eventos se aceleran, los sentimientos de esperanza y de temor se confunden.

Las evoluciones que experimenta el mundo comunista, dramáticas en China, prometedoras en Polonia, en Hungría y tal vez en la Unión Soviética, revelan el estancamiento en que se encuentran los regímenes que no han sabido dar a la libertad el lugar que se merece. Las reformas económicas sin la democracia son insuficientes y originan peligrosas contradicciones. Las reformas políticas que carecen de eficacia económica siempre son frágiles.

Los socialistas demócratas, que somos, pueden sentir naturalmente cierta satisfacción al comprobar que la historia ha confirmado las decisiones que tomaron las generaciones anteriores. ¡Pero sobre todo tienen una responsabilidad que asumir!

Efectivamente, el hundimiento del modelo soviético de organización social nos obliga a ofrecer al mundo referencias y a aplicar políticas que tengan un valor suficientemente universal para que constituyan una alternativa ante el abandono a las fuerzas del capitalismo, las cuales no pueden sino acrecentar las desigualdades entre los países y en el interior de cada país.

Hemos llegado a un momento en que podríamos salir de las confrontaciones en las que nos sumió el gran movimiento de la descolonización, vivido en un mundo destrozado por el conflicto Este-Oeste. Las negociaciones están a la orden del día; el desarme ya ha dejado de ser una palabra sin sentido; se buscan soluciones para aliviar el peso de la deuda que arrastra el Tercer Mundo; las dictaduras ya no son tan numerosas.

Sin embargo, las incertidumbres son igualmente reales y las distintas situaciones todavía pueden tomar otros giros. Gorbachov puede fracasar; un conservadurismo nacionalista podría entonces implantarse. El equilibrio interno de muchos países tercermundistas está en peligro y pueden surgir nuevos conflictos. El crecimiento

mundial no está suficientemente asegurado. El desempleo, los movimientos migratorios, las restricciones presupuestarias, siguen siendo otros tantos problemas actuales.

Frente a todo ello, faltan puntos de referencia. Las opiniones occidentales han vivido la erosión de los «valores absolutos», es así como el escepticismo ha ido ganando terreno. En las sociedades que están perdiendo sus bases tradicionales, la movilización (política) colectiva no es una solución evidente.

### ***Fin del mesianismo***

Ahora bien, el socialismo democrático terminó con la dimensión mesiánica que tenía el socialismo en sus orígenes. La utopía de la sociedad perfecta bien a menudo se reveló destructora.

¡Ya no tenemos un programa de transformación social «llave en mano» que ofrecer al resto del mundo! ¡Pero no por haber abandonado la vulgata marxista, tenemos que seguir la moda del liberalismo económico! Seguimos pensando que la sociedad puede conocerse y transformarse conscientemente, con arreglo a los valores fundamentales y a la razón. Es por ello que ofrecemos un modelo de acción forjado con inteligencia política, entereza y tenacidad, que ponemos al servicio de la democracia, de los derechos humanos y de la protección de los más humildes. Aunque así sea más difícil despertar pasiones, de todas formas creo que lo que el socialismo democrático puede proponer corresponde a las necesidades de la hora actual y a las expectativas de los pueblos.

¡Pero, tenemos que estar seguros de nosotros mismos, de nuestros valores fundamentales y de nuestra doctrina! ¡Y tenemos que tomar en serio nuestros valores y nuestra doctrina!

La Internacional Socialista (agrupamiento de 77 partidos, de los cuales la mitad pertenece al Tercer Mundo) tuvo que situarse durante mucho tiempo a nivel de los principios, representando entonces una referencia moral de gran valor. De etapa en etapa, la Internacional Socialista supo sin embargo reforzar su homogeneidad, su manera de enfocar los problemas. Hoy, considero que hace falta atravesar otra etapa: tenemos que determinar firmemente lo que somos y definir algunos puntos esenciales que al igual que la palanca de Arquímedes nos permitirán proponer al mundo las reglas que tanto necesita.

Quisiera insistir especialmente en este aspecto de la identidad. Mis responsabilidades gubernamentales han contribuido más bien a consolidar mis antiguas convicciones, que he presentado en el transcurso de los congresos de la Internacional. Sin embargo, hoy siento especialmente la necesidad de volver a hablar de dónde venimos y hacia dónde vamos. Los militantes, digamos simplemente nuestros conciudadanos respectivos, necesitan hacerse una clara imagen de su sociedad, de lo que está en juego, de sus evoluciones y de su futuro.

Podemos comprender las dificultades y las interrogantes de los partidos, de los pueblos que tanto al Este como al Sur hoy deben lograr su transición hacia la democracia. Nosotros hemos heredado una larga historia conflictiva que no asistió sino a la implantación progresiva de los elementos del socialismo democrático, tal como los concebimos actualmente, y que en, esencia aún el respeto de los derechos humanos, el pluralismo y un alto nivel de protección social.

Para lograrlo, cada uno de nosotros tuvo que efectuar en distintos momentos una doble disociación, primero la de socialismo y violencia, luego la del socialismo y Estado tutelar.

### ***Democracia y revolución***

I

Incluso en las primeras décadas del siglo XX, la cultura política del socialismo democrático todavía se caracterizaba por su doble adhesión a la democracia por un lado, y a la revolución por el otro. ¡En ello no había esquizofrenia alguna, sino únicamente la firme convicción de que todo era compatible! La confrontación con la evolución rusa, la teoría y la práctica bolchevique de la violencia estatal, cristalizaron el apego socialista a la democracia. León Blum, Kautsky, Otto Bauer, Branting, todos los dirigentes importantes de la Internacional Socialista, se dieron cuenta y dijeron que se trataba de un error abominable, y que ese proyecto no podía conducir sino a la violencia generalizada y, entre cada crisis, a actuaciones arbitrarias. Así es como los socialistas se desembarazaron de la mitología de la violencia. Los socialistas pudieron comenzar a aplicar un método de cambio social mediante el compromiso, tratando de pacificar los conflictos, sin despolitizarlos, sino organizando las confrontaciones dentro de la democracia. Es lo que quiso teorizar León Blum, en el ocaso de su vida, cuando propuso al partido francés que contemplara el fundamento de la política socialista ya no en la lucha de clases, sino en la acción de clases.

Sin embargo, el partido francés no quiso seguir a su viejo líder, ya que para muchos era inaceptable establecer una equivalencia entre el socialismo y la apropiación colectiva de los medios de producción. La idea de revolución estaba disociada de la violencia, pero la perspectiva de una transformación total seguía manteniéndose. Durante mucho tiempo los socialistas pensaron que esa transformación sólo se realizaría aumentando los poderes del Estado en la redistribución y la producción de la riqueza. Durante años, grandes debates sobre la socialización agitaron a nuestros partidos y fue necesario que cada uno viviera su propia experiencia para conseguir asociar su elección de la libertad política a otro modelo económico. El primer paso lo dieron los suecos en 1932. Hoy nadie defiende realmente una visión estatal del socialismo.

Naturalmente, las controversias todavía no se han terminado y existen muchos enfoques para comprender la economía mixta; pero en lo esencial coincidimos en pensar que si el socialismo sigue siendo un combate por la justicia social, tiene que imponerse la libertad como norma y la razón como medio. La competencia tiene sus virtudes, pero exige que existan reglas del juego, sin las cuales siempre se impondría la ley del más fuerte, que es a la vez injusta e insensata.

Sin embargo, hablar de reglas del juego también implica preguntarse de inmediato quién puede dictarlas. La respuesta es evidente: se trata del poder público democráticamente conferido. Es así como pienso que debe plantearse el problema del Estado.

### ***Derechos, Parlamento, Desarrollo***

La base de todo son los derechos humanos, y este principio es intangible, imposible de negociar, exigente y, yo agregaría, eficaz. La democracia no es un lujo, sino la condición del desarrollo y no se conoce dictadura alguna que sea económicamente eficaz a través del tiempo. Y ello constituye una realidad primordial para nuestros amigos del Tercer Mundo.

Seguidamente viene la organización constitucional y la experiencia nos demuestra que sólo hay una forma válida: el régimen parlamentario racionalizado, cualesquiera que sean sus matices. Únicamente este tipo de régimen puede aliar la flexibilidad y la eficacia. El régimen presidencial no es sino un producto de exportación de mala calidad. Solamente las tradiciones norteamericanas, y ciertos aspectos específicos, permiten que funcione en los EEUU, pero todos los intentos efectuados para imponerlo en otros países han conducido al fracaso.

Los derechos humanos, el parlamentarismo racionalizado... A ello agrego ahora la descentralización. No puede haber un crecimiento durable sin la descentralización del mando y la autonomía de las empresas. Todos nuestros valores comunes constituyen una apuesta para el hombre, según la cual todo individuo está dotado de razón y es apto para asumir responsabilidades.

Para ello hace falta, sin embargo, que el hombre pueda ejercer sus responsabilidades, actuar en el medio que le rodea. Es allí donde el poder público puede desempeñar su papel, esencialmente, luchando contra la violencia y toda forma de opresión, previniendo los desequilibrios en lugar de esperar que el mercado los genere, preparando el porvenir, determinando las prioridades, que no pueden asumirse sino mediante una profunda voluntad colectiva.

Así es como definimos un modelo político de desarrollo y de vida, que aúne la libertad, el pluralismo y la solidaridad. Es un modelo que evidentemente puede perfeccionarse; han surgido nuevos problemas que no vislumbrábamos claramente hace apenas unos veinte años, como por ejemplo el dominio del progreso técnico. Sin embargo, nuestra lógica política tiene que permitir que se encuentren soluciones para esos desafíos.

### ***Tres críticas***

En base a distintas tendencias, se nos hace a veces tres críticas importantes. Nuestro proyecto habría dejado de ser socialista; de cualquier forma ya no sería eficaz; por último, no sería aplicable sino a los países occidentales. Quisiera dedicar unos momentos a refutar estas acusaciones. Aunque durante mucho tiempo mantuvimos una postura reservada, ahora ha llegado el momento de desplegar ampliamente nuestra bandera. Después de todo, la eficacia de nuestras acciones se medirá con la misma vara de la esperanza que seremos o no capaces de inspirar a todos aquellos que quieren creer, como decía Jaurés, en el «valor moral de la historia».

Respecto al primer punto, de hecho nuestra crítica del capitalismo como sistema de producción mercantil sigue vigente; únicamente el ángulo de ataque ya no es el mismo. Y ello porque en ningún caso pretendemos privar a nuestra sociedad del dinamismo que genera la competencia entre libres empresas. Buscamos sobre todo que no se confunda la justicia con el liberalismo económico. Corregimos la acción reguladora del mercado, no solamente mediante la intervención de los poderes públicos, sino también de los sindicatos y de las asociaciones civiles de todo tipo. Asimismo, nuestro propósito es frenar la expansión indefinida de las relaciones mer-

cantiles, con el objeto de preservar a un conjunto de actividades, de sectores y de relaciones humanas. Para asegurar la cohesión social es indispensable que se garantice un mínimo de igualdad entre los ciudadanos, sobre todo en materia de educación, salud, cultura y comunicación. Tampoco hemos renunciado a liberar al hombre tanto en el trabajo como en la vida diaria.

Respecto a las críticas que se hacen a la eficacia de nuestro proyecto, ¿qué es lo que no hemos oído durante la crisis - y lo que seguimos oyendo todavía -; a tal punto la moda monetarista influye en las mentalidades! El socialismo democrático no sería si no un modo de pilotaje adaptado a los períodos en que prevalece un clima económico favorable, cuando el crecimiento ofrece compensaciones materiales inmediatas. La crisis del keynesianismo significaría el fin de las políticas socialdemócratas. Ahora bien, ¿qué se observa hoy? Los países que mejor resistieron la crisis son aquellos que lograron mantener su cohesión social. Así lo demuestran, entre otros, Suecia, Austria y Alemania, donde el SPD tuvo que enfrentarse con lo peor de la crisis.

No cabe duda que cualquier política puede fracasar, pero en todos los países donde se contó con el apoyo de la masa asalariada, los gobiernos pudieron conjugar una política presupuestaria inteligente y una política de salarios; jugando con el tiempo, lograron limitar el desempleo y mantener un alto nivel de protección social. La clave consiste en saber y poder arbitrar entre los beneficios y los salarios.

Finalmente, ¿es acaso nuestro modelo un lujo exclusivo para países ricos? Ninguna otra idea me parece más falsa y más perniciosa. A fin de cuentas, ¿qué se pretende en los países del Este, sino el pluralismo y la eficacia económica? ¿qué se desea en los países tercermundistas, sino más democracia y mayor desarrollo económico? ¿qué se busca en América Latina, sino más libertad y más protección social? Asimismo podría preguntarse si en Norteamérica no se busca alcanzar un mínimo de protección social, también.

En realidad, los elementos fundamentales del socialismo democrático, sus consecuencias en materia de organización social y del papel de los poderes públicos, sus relaciones con el desarrollo económico, social y cultural en todos sus aspectos, son en sus principios los mismos para el Norte que para el Sur, para el Este que para el Oeste. Los niveles técnicos continúan siendo muy diferentes, pero la libertad organizada es un principio de desarrollo absolutamente común.

### **Conceptos comunes**

Creo - y lo digo sin alardes - que poco a poco hemos logrado definir sin duda el mejor de los sistemas posibles de organización social y política para cada nación.

Asimismo, creo que lo que es positivo para esas comunidades humanas complejas que se han constituido progresivamente, a veces un tanto al azar, a las que llamamos naciones, lo que es positivo digo - para las naciones, no puede ser negativo para la humanidad.

Todos sabemos que prácticamente para ninguno de los grandes problemas se puede encontrar una solución a nivel nacional exclusivamente.

Los países son más o menos ricos, pero economía no hay más que una.

Los países son más o menos limpios, pero no contamos sino con una sola atmósfera terrestre.

Los países viven más o menos en paz, pero ninguno se salvaría en caso de una guerra planetaria.

A pesar de ello, a pesar de la evidencia según la cual toda la humanidad tiene intereses comunes y con frecuencia vitales, estos intereses carecen de portavoz, esta humanidad carece de voluntad y estas cuestiones esenciales se quedan sin respuesta.

Durante un reciente encuentro internacional - en La Haya, en marzo de 1989 - quedé impresionado por la intervención de nuestra amiga primer ministro de Noruega, Gro Harlem Brundtland, cuando afirmó enérgicamente que cada quien debía entender claramente que no se podía seguir adoptando como norma general de comportamiento, sobre cada tema, el del país que demostraba la peor voluntad.

Aquí reside todo el problema, efectivamente: en el plano internacional, a menudo estamos condenados en cierta forma a la estupidez. Prácticamente no hay problemas sin solución, pero tampoco hay solución sin voluntad e inteligencia.

Todo el porvenir de la humanidad se juega con esta pregunta a la vez sencilla y terrible: ¿Seremos o no capaces de hacer que la inteligencia y la voluntad intervengan en los asuntos del mundo?

Ignoro la respuesta, pero lo que sí sé es que por una parte hay que tratar de lograrlo, y por la otra, que si no somos nosotros, la Internacional Socialista, quienes tomemos la iniciativa, nadie lo hará.

Es precisamente la lucha por la organización del planeta lo que debemos emprender. Organización del planeta para defender su medio ambiente, organización del planeta para dar nuevas oportunidades al desarrollo, organización del planeta para asegurar la paz y lograr así el desarme.

Todas las naciones tienen interés en ello, todas pueden ganar con ello y, sin embargo, nada se realiza.

Preguntémosnos ¿por qué? No creo que el egoísmo baste como explicación; naturalmente, cada país defiende encarnizadamente sus propios intereses, pero su mejor defensa casi siempre consiste en hacer alguna que otra concesión, a cambio de alguna que otra ventaja, así como aceptando efectuar una acción conjunta, en lugar de preservar celosamente una autonomía impotente.

### ***La responsabilidad de los líderes***

El egoísmo de las naciones representa ahora lo mismo que el egoísmo de los proletarios, según Gramsci, a saber: que solamente la acción colectiva y solidaria puede satisfacerlo.

Ahora bien, sabemos que los modos habituales de funcionamiento de las relaciones internacionales no facilitan verdaderamente esta acción. Entre las organizaciones internacionales especializadas, que se ocupan menos de progresar que de mantener entre sí querellas de prelación y de materias, y las conferencias y las negociaciones de todo tipo que con frecuencia son recinto cerrado de discusiones bizantinas, las necesidades se pierden rápidamente de vista y la voluntad se debilita.

En realidad, únicamente los responsables de más alto nivel pueden tener a la vez la legitimidad democrática y la voluntad política de vencer los obstáculos, de cambiar los hábitos establecidos o de quebrantar los conformismos. Es lo que Francois Mitterrand está haciendo desde que es presidente de la República francesa.

Estoy convencido que debemos continuar avanzando en este sentido. A la hora de las comunicaciones instantáneas, la diplomacia tiene que dejar de ser lo que era en la época en que los dirigentes no podían discutir, sino a través de correos lentos o



de intermediarios. ¿Habrían ganado las democracias la Segunda Guerra Mundial sin los frecuentes encuentros y los contactos directos entre Roosevelt y Churchill?

Asimismo, estoy convencido que los 77 partidos representados en el seno de nuestra Internacional, muchos de los cuales están en el poder, podrán realizar muchas cosas juntos si tienen el reflejo de coordinarse.

Aquellos de entre nosotros que ejercen responsabilidades gubernamentales se conocen, comparten los mismos valores, pueden ponerse fácilmente de acuerdo sobre las mismas ideas y multiplicar así el impacto de cada una de sus iniciativas. Esta es una proposición de método que nos interesa profundamente.

Hubiera podido hablar aquí pormenorizadamente acerca de las absurdas consecuencias del sobrearmamento. Hubiera podido analizar esa fabulosa regresión de la ciencia económica que, junto con el monetarismo, consistió en excluir de sus preocupaciones al hombre, así como a sus necesidades y a sus dramas. Incluso hubiera podido denunciar las monstruosidades y las aberraciones que provoca el peso de la deuda en los países del Tercer Mundo.

He preferido, sin embargo, terminar refiriéndome a algo diferente, porque todos esos problemas, por muy distintos que sean, necesitan el mismo tratamiento, requieren la misma solución: elevar la inteligencia y la voluntad a nivel internacional.

No sé si lo lograremos, pero creo que únicamente nosotros podemos hacerlo, porque ser socialista significa querer realizarlo y estar reunidos en la Internacional es, sin duda, poder lograrlo.